

WILSON-LEE, E., *Memorial de los libros naufragados. Hernando Colón y la búsqueda de una biblioteca universal*, Barcelona: Ariel, 2019. ISBN: 978-84-344-3117-1.

DOI: 10.24197/ERHBM.8.2021.213-215.

El *Memorial de los libros naufragados* o, lo que es igual, *The Catalogue of Shipwrecked Books*, título original del libro de Edward Wilson-Lee, es uno, solamente uno más, de los repertorios concebidos por Hernando Colón para armar lo que acabó siendo mucho más que una biblioteca universal. Una biblioteca que no solo lo abarcara todo, que ya fue pretensión laudable, por lo que Hernando no dudó en adquirir junto a obras de Cicerón o Erasmo, entre otros y por solo citar, que debían y tenían que estar en una colección que aspiraba a contenerlo todo, otras que en otra biblioteca podrían no estar, pero que Colón entendía que en la universalidad que él concibió era inimaginable que faltaran. Pongamos por caso un librito de Gaspar Torrella de 11 hojas de tamaño cuarto, que fue registrado en el *Abecedarium B*, otro de los repertorios ideados por Hernando Colón y en torno al que giran todos los demás repertorios, de la manera siguiente: «Gasparis Torellas, de peste ovina seu modorrilla, 3614[R], 1683[M], 1431[E]; (de mano, 13123[R]), [cuarto]».

El título de la traducción española del libro de Wilson-Lee se ajusta más a lo que el lector va a encontrar en sus páginas. Es revelador el *Hernando Colón y la búsqueda de una biblioteca universal* que acompaña al título original inglés *The Catalogue of Shipwrecked Books*. Y lo es porque uno de los aciertos del autor, sino el acierto, es que ha sabido destacar en la biografía de Hernando Colón los hechos y circunstancias que resultaron fundamentales en la concepción y desarrollo del gran proyecto bibliográfico colombino. Biografía, por lo demás, de enorme fuerza narrativa, en la que no poco se deja a la imaginación. El lector que se acerque al libro de Edward Wilson-Lee encontrará en sus páginas una historia de la vida de Hernando Colón muy bien contada, en la que en ocasiones hay exceso de ficción. Lo que no resta valor a una obra concebida no como un libro científico *sensu stricto* (en él poco se aporta a la biografía y a la empresa bibliotecaria ya conocidas de Hernando Colón), sino como un libro de divulgación, otro acierto indudable del autor, que pone en manos del lector la apasionante aventura de un gran bibliófilo que «puso en su librería todos los más [libros] que hasta su tiempo se imprimieron», «todos los libros y de todas las lenguas y facultades que se podrán por la Christiandad y fuera della hallar», en palabras de Juan Pérez, el más cercano colaborador de Hernando Colón en su empresa bibliotecaria.

Todos esos libros, que fueron añadiéndose a los que heredó de su padre, Cristóbal Colón, los compró, claro es, en Sevilla, Salamanca, Alcalá de Henares, Valladolid, Barcelona, o Medina del Campo; pero sobre todo en los viajes que Hernando hizo entre 1520 y 1536 por Alemania, Países Bajos, Inglaterra, o Italia; y a librerías de toda Europa, que le hacían llegar anualmente a su casa sevillana de la Puerta de Goles las novedades que se imprimían en París, Roma, Venecia, Amberes, Nuremberg y Lyon. De aquí, a donde se enviaban los libros de las otras cinco ciudades, se enviaban a Medina del Campo, y de Medina a Sevilla.

Edward Wilson-Lee ha sabido encontrar, en alguna de las lecturas de Hernando Colón y en las visitas que hizo a bibliotecas europeas, las claves que explican la idea colombina no solo de la formación y organización de su biblioteca, sino también de la elaboración de unos instrumentos de descripción e información, los repertorios colombinos, que permitieran al lector adentrarse en el universo librario.

Claves que, de acuerdo a la interesante propuesta hecha en el *Memorial de los libros naufragados*, Hernando Colón halló en las bibliotecas de los Medici y del Vaticano, colecciones perfectas, pero no a la manera universal que él pretendía; en Roma, en las clases y libros al que le llevaron algunos profesores del *Studium urbis*, encontró soluciones para clasificar y ordenar los libros, los ya muchos libros de su biblioteca; en la edición de *Utopía* de Tomás Moro, que Colón leyó en Bruselas, se topó con un lenguaje de signos, que él adaptaría para informar de aspectos formales de los libros que compraba: tamaño, lengua, soporte o distribución de la página, entre otros.

Edward Wilson-Lee encuentra también y además en las notas que Hernando escribió en *Las vidas de los doce césares (De vita caesarum)* de Suetonio y en los informes que el propio Colón escribió sobre las Juntas de Elvas-Badajoz las claves para entender la concepción de dos repertorios esenciales en la biblioteca Colombina: el libro de Materias y el de Epítomes, o lo que es igual: el plano para hallar asuntos, temas o materias de cada libro, y la esencia, el resumen, el compendio del mismo; y los libros, los muchos libros de Erasmo, explican, según Wilson-Lee, la necesidad sentida por Hernando de perfeccionar el *Abecedarium B*, una lista, ordenada alfabéticamente, de autores y títulos e incipits de la biblioteca.

Sin embargo, a esos aciertos evidentes de Edward Wilson-Lee, a esa forma original de explicar las claves de la formación de la biblioteca y sus repertorios, le falta otra clave: la que permite ver la conexión entre estos últimos, que fueron concebidos para guiar al lector por el universo fantástico que, el 12 de julio de 1539, a la muerte de Colón, contenía 14.244 libros impresos y 1100 manuscritos. Claves que se han podido interpretar merced, una vez más, a la memoria de Juan Pérez, que analizó hace ya muchos años Tomás Marín Martínez y que aplicó un equipo de trabajo que se ocupó de realizar los dos primeros volúmenes del *Catálogo concordado de la Biblioteca de Hernando Colón* que dirigieron el propio Marín Martínez, José Manuel Ruiz Asencio y Klaus Wagner. En esos volúmenes Edward Wilson-Lee podría haber hallado la recreación, que hubiera enriquecido su obra, no solo de la universalidad de la biblioteca Colombina, sino el ensayo ideado por Hernando de un centro de información, concebido para proporcionar al lector información sobre la información, como dijera José M.^a Desantes Guanter, que contenían todos y cada uno de los libros de su biblioteca.

Citamos al principio el libro de Gaspar Torrella, el *de peste ovina seu modorrilla*. Cuando se anotó en el *Abecedarium B*, a continuación del título se escribieron los números que conocemos: 3614[R], 1683[M], 1431[E]; (de mano, 13123[R]), [*cuarto*]. Esos números, subrayado el primero, enmarcado el segundo por dos líneas verticales a derecha e izquierda y en la base, y encerrado el tercero en un rectángulo, nos llevan al Registro B, al libro de Materias y al de Epítomes.

Es decir, el lector localiza en el *Abecedarium B* o *Índice General Alfabético* el libro de Torrella. Este índice, según Juan Pérez, siempre él, permitía localizar cualquier libro de la biblioteca. Es, pues, pieza nuclear, el primer repertorio que se debe consultar, porque contiene los nombres de «los autores, libros y principios de libros [o incipits] por orden alfabética». Y cuando el *Abecedarium B* se quedó sin espacio para anotar, se hizo necesario un *Supplementum*.

Siguiendo con el ejemplo de que nos servimos, tras el nombre del autor y el “título” del libro, encontramos un número subrayado: 3614. Dígito que nos remite a ese mismo número de un Índice topográfico, el *Registrum B*, en el que se describieron los primeros 4231 libros de la biblioteca. Índice este que permitió controlar las adquisiciones, como los permitió el *Memorial de los libros naufragados* o *Registrum A*, que contenía la descripción de los libros que Hernando encomendó a Octaviano Grimaldi que se hundieron en el mar y que ha prestado el título al libro que reseñamos y por el que conocemos los libros adquiridos y perdidos por Colón en el Mediterráneo. En el *Registrum B* se proporcionaba el nombre del autor, el título del libro y su estructura (con incipits y desinits de cada una de las partes), la lengua, el tamaño, el lugar y año de impresión y el lugar y fecha de compra y su precio. Así, el *Registrum B* permite saber que el libro de Torrella, el «Consilium de egritudine pestifera et contagiosa ovina» se iniciaba con una epístola, que comenzaba: «Cogitanti mihi», que el *Consilium* comenzaba: «Anno elapso quonam pacto», y concluía: «laudem perpetuam amen, vale»; que fue impreso en Roma en 1505, y que costó, en la misma ciudad, 3 cuatrines «por noviembre de 1515», y, en fin, que era un librito en cuarto.

Por la anotación del *Abecedario B* sabemos además que del libro de Torrella se sacaron, en primer lugar, las materias que en él se trataban. No se ha conservado la materia 1683; pero las del *Consilium* estaban sacadas en el *Libro de Materias* ideado por Hernando Colón para que, en palabras de Juan Pérez, se pudieran conocer muy fácilmente «muchas cosas admirables, y quién las trata mejor y en qué lugares»; y, en segundo lugar, por esa misma anotación del *Abecedario B* conocemos que se hizo un resumen del libro, y que ese resumen se podía encontrar en el número 1431 del *Libro de Epítomes*. Este sí se ha conservado, y el del libro de Torrella comienza de la siguiente manera: «Gaspar Torrellas, natione Valentinus, ad annum supra sesquimillesimum quintum, consilium quoddam e reis typis excudi fecit de pestifera ac contagiosa egritudine ovina quam vulgus hispanorum modorrillam vocat...». *Libro de Epítomes* que el equipo que trabajó en la Colombina (y habría que decir, con justicia, José Manuel Ruiz Asencio) leyó con solvencia, a pesar de la cursividad de la letra del borrador, que nada tiene que ver con la hermosa escritura libraria del manuscrito hallado en la biblioteca de Copenhage.

No es lugar para tratar de los demás repertorios de la biblioteca Colombina. Es lugar para destacar los aciertos del libro de Edward Wilson-Lee, *Memorial de los libros naufragados. Hernando Colón y la búsqueda de una biblioteca universal*, sin dejar de reseñar que en el trabajo, aun teniendo el carácter divulgativo mencionado, debería haberse recogido (para divulgarlo) lo mucho que se ha escrito sobre el funcionamiento del sistema de información ideado por Hernando Colón (y en esto fue realmente original), en el que se relacionaron no únicamente los cuatro repertorios mencionados en el ejemplo de Torrella, del que me he servido solo para ilustrar, a saber: el *Abecedario B*, el *Registro B*, el *Libro de Materias* y el *Libro de Epítomes*, sino otros más, algunos de los cuales se elaboraron a partir de algunos de estos cuatro citados con la intención de hacer más accesible lo que los libros de su biblioteca universal contenían.

Mauricio Herrero Jiménez.
Universidad de Valladolid.
c.e.: herrero@fyl.uva.es.